

IMAGENES E IMAGINEROS

Blanca Muratorio
editora

IMAGENES E IMAGINEROS

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR

SERIE ESTUDIOS - ANTROPOLOGIA

1994

**IMAGENES E IMAGINEROS. REPRESENTACIONES DE LOS INDIGENAS
ECUATORIANOS, SIGLOS XIX Y XX**

Primera Edición, FLACSO-Sede Ecuador, 1994

© Blanca Muratorio

© FLACSO-SEDE ECUADOR

Ulpiano Páez 118 y Av. Patria

Quito, Ecuador

Tel.: (593-2) 231 806 Fax: (593-2) 566 139.

Derechos reservados conforme a la ley.

ISBN de la Serie: 9978-67-004-1

ISBN del Título: 9978-67-034-3

SERIE ESTUDIOS

Edición de 1000 ejemplares.

Las opiniones vertidas en el libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el criterio institucional de FLACSO.

Las traducciones de los artículos de Jill Fitzell, Laura Rival y Anne-Christine Taylor fueron realizadas por Mercedes Reyes y editadas por Blanca Muratorio.

Diseño de portada: Antonio Mena

Composición: Marta Hurtado, Impreseñal.

Impresión: Impreseñal

INDICE

	Pág.
Indice de Ilustraciones.....	6
Presentación	7
Introducción:	
Discursos y Silencios sobre el Indio en la Conciencia Nacional. Blanca Muratorio.....	9
Teorizando la Diferencia en los Andes del Ecuador: Viajeros Europeos, la Ciencia del Exotismo y las Imágenes de los Indios. Jill Fitzell.....	25
Una Categoría Irreductible en el Conjunto de las Naciones Indígenas: Los Jívaro en las Representaciones Occidentales. Anne-Christine Taylor.....	75
Nación, Identidad y Etnicidad: Imágenes de los Indios Ecuatorianos y sus Imagineros a Fines del Siglo XIX. Blanca Muratorio.....	109
Una Imagen Ventrílocua: El Discurso Liberal de la “desgraciada raza indígena” a Fines del Siglo XIX. Andrés Guerrero.....	197
Los Indígenas Huaorani en la Conciencia Nacional: Alteridad Representada y Significada. Laura Rival.....	253
Nota sobre los autores.....	293

INDICE DE ILUSTRACIONES

Figuras del artículo de Jill Fitzell

1.	Tipos sociales del siglo XVIII.....	31
2.	Trajes de Quito.....	33
3.	Habitantes de Quito.....	45
4.	Ruinas de la Catedral de Ibarra.....	47
5.	Procesión del Corpus Christi en Quito.....	55
6.	Camino y habitantes de Quito.....	57
7.	Huasicama.....	59

Figuras del artículo de Blanca Muratorio

1.	Sixto Durán Ballén Cordovez, actual Presidente del Ecuador, junto a la estatua de Sebastián de Belalcázar.....	111
2.	Luis Felipe Atahualpa Duchicela.....	113
3.	El Inca y su reina.....	133
4.	Monumento de la Mitad del Mundo.....	135
5.	Indio de Otabalo.....	137
6.	Indígenas en un obraje de hacienda.....	139
7.	Indígenas del Oriente.....	141
8.	Encuentro de los indios piojés-cotos a orillas del Napo.....	143
9.	Jivaritos de Méndez internos.....	145
10.	Indígenas de Loreto-Tena.....	147
11.	Figura central de indígena Jívoro en el pabellón Ecuatoriano de la Exposición Histórica Americana, Madrid 1892.....	149
12.	Indígenas Jívoro.....	151
13.	Pabellón del Ecuador en la Exposición de Chicago.....	153
14.	Alfarería.....	155
15.	Cacería de piojos.....	159
16.	Indio de Sambiza.....	161
17.	Indio de la Capital.....	163
18.	Indio de Sambisa a quien la policía hace barrer las calles.....	165
19.	Estatua de Sucre y la India en el Teatro Sucre de Quito (detalle)..	171
20.	Inca Huayna Cápac en la estatua a Olmedo (detalle).....	175
21.	Turistas frente a la entrada del pabellón del Ecuador en la Expo- 92, Sevilla.....	179

TEORIZANDO LA DIFERENCIA EN LOS ANDES DEL ECUADOR: VIAJEROS EUROPEOS, LA CIENCIA DEL EXOTISMO Y LAS IMAGENES DE LOS INDIOS

Jill Fitzell

Al llegar al Ecuador del siglo XIX los viajeros europeos experimentaron el impacto de la diferencia, especialmente al encontrarse con la población indígena de la Sierra y documentaron sus observaciones en sus relatos de viaje, dirigidos principalmente a una audiencia europea....(1). Varios análisis contemporáneos de relatos en los que se registra la experiencia de la diferencia han contribuido a revelar las estrategias ideológicas de otras fuentes etnográficas tempranas (Berkhofer 1978; Said 1978; Marcus y Cushman 1982; Clifford 1988). Si bien estos trabajos han proporcionado un importante correctivo a las pretensiones de transparencia empírica de ese tipo de relatos, también han fomentado una tendencia a descartar a sus autores y a sus observaciones como fuentes válidas de conocimiento histórico y etnográfico.

El análisis de imágenes de los indígenas desde una perspectiva teórica que las observa como si éstas fuesen productos terminados ha revelado un conjunto de estereotipos, que si bien están parcialmente basados en la realidad, han llegado a generalizarse en una forma que ya no es posible aceptar como una fiel representación de esa realidad (Berkhofer 1978:3). Si se adopta en cambio un enfoque que se centre en el proceso por el cual las imágenes fueron construidas, más

que en los productos finales, los relatos de viajeros continúan siendo una fuente de muchas preguntas relevantes. Por ejemplo, dado que los viajeros del siglo XIX estaban conscientemente preocupados por la exactitud de sus relatos, el hecho de que ahora se los juzgue incapaces de haberla logrado plantea otros problemas que deben ser analizados. Podemos así preguntarnos: ¿cuál fue la historia de la negociación cultural y política mediante la cual la experiencia de una realidad diferente (la vida cotidiana en Ecuador en el siglo XIX) fue traducida en representaciones de esa realidad que desde la perspectiva del siglo XX se ven como transparentemente ideológicas? Alternativamente podemos preguntarnos: ¿cómo puede un análisis de imágenes contribuir a nuestra comprensión de la interacción cultural y política entre observadores europeos y grupos locales de la Sierra del Ecuador?.

En este trabajo proponemos que si bien las imágenes se basan en ciertos hechos empíricos, están limitadas en su construcción y articulación por las premisas y conceptos de las convenciones hegemónicas de representación vigentes. Imágenes que tomadas aisladamente son políticamente neutras, adquieren sentido político cuando sus autores las utilizan para hacer un argumento dentro de un discurso predeterminado. En este sentido, la producción cultural de imágenes debe ser examinada como una práctica política que contribuye a supuestos hegemónicos o los cuestiona, confirmando o criticando discursos de significados dominantes. Aunque las representaciones de Indios de la Sierra construidas por los viajeros europeos del siglo XIX hoy parecen demasiado obvias y estereotipadas, su análisis tiene importancia como un estudio de caso sobre las formas en que el discurso de un determinado período y lugar tiende a enfatizar ciertas concepciones y a evitar que sus autores perciban otras alternativas.

Así como en el siglo XX ya no se discute al Otro con argumentos relativos al proceso natural de evolución del salvajismo a la civilización, pasando por el barbarismo, los viajeros europeos del siglo XIX no continuaron argumentando sobre el Otro en los mismos términos de épocas anteriores. Los relatos de viajeros que discuto, por ejemplo, no muestran evidencia alguna de que sus autores estuviesen familiarizados con los complejos debates escolásticos de los siglos XVI y XVII (Padgen 1982). Así, las fuentes más tempranas mencionadas en estos relatos son Charles Marie de la Condamine y Alexander von Humboldt.

Los relatos del siglo XIX fueron escritos para un emergente público lector europeo de clase media que se interesaba por historias de viajes a lugares exóticos, más que por los problemas filosóficos y legales relativos al derecho natural que habían sido tan importantes doscientos o trescientos años antes. Refiriéndose a los cambios en los relatos coloniales que examinó, Padgen dice que

Las diferencias cruciales entre estos escritores no consiste en que unos lograron mayor reconocimiento, o que eran intelectualmente más honestos que otros, sino en los diferentes tipos de objetivos que se propusieron lograr (1982:3).

Lo mismo podría decirse de la diferencia entre estos escritores y los del siglo XIX. La curiosidad de los europeos por los Andes fue estimulada por las expediciones científicas de La Condamine y Humboldt, así como por la reciente independencia americana de España, que fomentó la especulación y la exploración en búsqueda de recursos naturales, relaciones comerciales e influencia política. El interés primordial de los viajeros no residía en los Indios *per se*, sino en evaluar las condiciones sociales existentes en las nuevas repúblicas democráticas que emergían del colonialismo Español. Para cumplir este objetivo se comparaba el progreso social, cultural y tecnológico relativo del Ecuador con el patrón de la civilización europea. En esa evaluación, la condición de la población indígena era un importante elemento a considerar, porque a pesar del desacuerdo entre los viajeros respecto a las razones para explicar esa condición "miserable," coincidían en que los Indios de la Sierra eran "bárbaros" (2).

Para examinar el proceso mediante el cual la experiencia de una realidad extraña por parte de los viajeros fue transformada en sus relatos en evidencia de barbarismo, en este trabajo analizo las representaciones de los Indios de la Sierra desde tres niveles diferentes. El primer nivel, el más abstracto, era la premisa fundamental sobre la cual se basaban la mayoría de los argumentos relativos a la condición del Indio: el supuesto de que el Indio era el Otro. Europa tenía una larga historia de definir al Otro como bárbaro, si bien las connotaciones particulares del término cambiaban de acuerdo al contexto histórico y cultural. Las convenciones europeas de representación del Otro bárbaro en el siglo XIX estaban enmarcadas en el discurso del evolucionismo y el progreso. Estas definieron los criterios para categorizar las

diferencias sociales y culturales en Ecuador, en formas menos sutiles que las convenciones locales de diferenciación social usadas en la vida cotidiana en la sierra andina. Por consiguiente, estos criterios europeos nos dicen más respecto a los supuestos culturales propios de los viajeros que sobre la población representada por ellos.

El segundo nivel de análisis considerado es el detallado registro de la experiencia de los viajeros durante su estadía en la sierra. Esta acumulación repetitiva de hechos empíricos selectivamente identificados y de testimonios de segunda mano que aparecen en los relatos, crea imágenes genéricas vívidas de los Indios de la sierra, cuyo detalle descriptivo convence a los lectores de la realidad de las representaciones. Aparecen así tres imágenes genéricas en las que todos los viajeros sintetizaron su experiencia de este grupo social: el Indio como bestia de carga, el Indio como pagano exótico y el Indio subversivo. En su afán de lograr una representación precisa de su experiencia, los viajeros hicieron verdaderos juegos malabares con objetivos que eran, en última instancia, contradictorios. Adoptaron, por una parte, la posición del realismo científico, como embajadores del progreso europeo. Por otra, tomaron el punto de vista de aficionados al exotismo y a lo pintoresco, dando cuenta de la aventura de viajar por Ecuador para beneficio de los lectores europeos. Desde un tercer nivel de análisis, vemos que los viajeros articularon esas tres imágenes en una variedad de formas para construir argumentos ideológicos que explicasen la condición de la población indígena tal como ellos la observaron. Algunos europeos sostenían, por ejemplo, que los Indios podrían progresar de la condición de barbarie a la de civilización a través de la educación racional. Otros, en cambio, sostenían que los Indios habían degenerado desde una pasada y feliz condición de civilización (los Incas) a su barbarie actual, como resultado de la esclavitud colonial.

A pesar de las diferentes intenciones personales que se evidencian en las formas en que las imágenes de los Indios se articulaban en un argumento ideológico para explicar las condiciones existentes, los viajeros no pudieron evitar la premisa fundamental de que el Indio era el Otro. Esta premisa, que efectivamente trazaba los límites alrededor de aquéllos que se consideraban calificados para mantener el orden social y político, sugiere una coincidencia de intereses hegemónicos entre los viajeros europeos y la clase terrateniente en el Ecuador del

siglo XIX, aunque puedan haber usado diferentes discursos para explicar la jerarquía racial existente.

EL DISCURSO DE LAS RELACIONES DE SANGRE EN ECUADOR

Desde el siglo XVI en la América Española se había usado una tipología racial que clasificaba la posición del individuo en la sociedad conforme al concepto de *limpieza de sangre* y a la supuesta jerarquía de las tres razas que contribuyeron con la sangre original: Blancos europeos, Negros africanos e Indios aborígenes. El cruce entre estos grupos producía una compleja categorización de mezclas raciales que describían a todos los niños nacidos de padres de dos categorías raciales diferentes (Burkholder y Johnson 1990:107). Hacia mediados del siglo XVII, el término “casta” se aplicaba en forma general a toda persona no-blanca que no fuese claramente un Indio. Aunque los intrincados detalles de cada una de las diferentes nomenclaturas dentro de la categoría general de “castas” se basaban en un supuesto cálculo preciso de la mezcla racial, la realidad de la organización social de los habitantes de los Andes no estaba basada exclusivamente en criterios de sangre. Incluía además una jerarquía de diversas características sociales y culturales atribuidas a cada grupo que era necesario reconocer para entender el verdadero sentido de las relaciones sociales de aquella época. Por ejemplo, Ida Pfeiffer, una mujer austríaca quien en su segundo viaje alrededor del mundo visitó Ecuador en 1854, creyó ver una similitud entre la condición de los Indios y la de la casta de “Parias de Indostán” (Pfeiffer 1856:367,389), impresión que revela en parte su incapacidad para percibir algunas de las distinciones internas más sutiles de la diferenciación y movilidad social en el Ecuador (3). En la práctica, el uso de normas similares a las europeas en la forma de hablar, en la indumentaria, en las maneras, ocupación y riqueza, resultaban ser muy importantes para determinar el status racial.

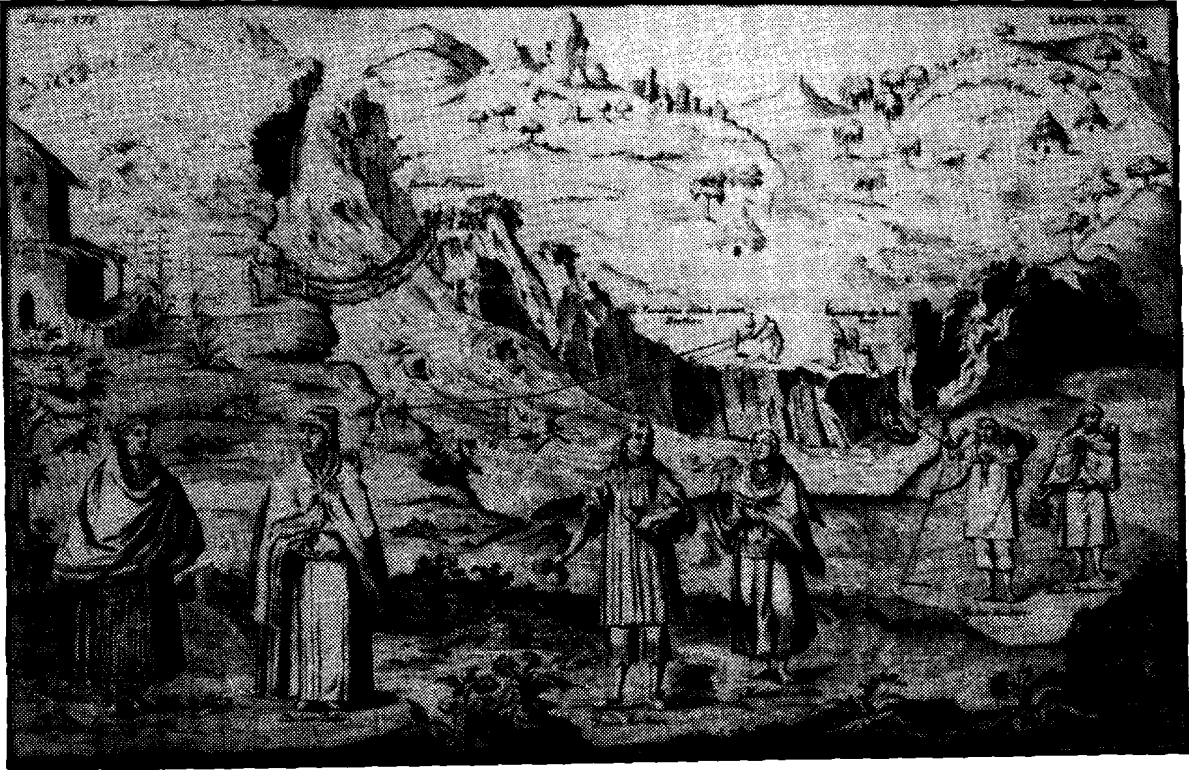
Juan y Ulloa, oficiales y estudiosos españoles que acompañaron a La Condamine en su misión científica a la Audiencia de Quito en 1736, demostraron un sutil reconocimiento de estos criterios culturales y económicos en la representación de tipos sociales del siglo XVIII publicada en 1748 en su *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional* (fig. 1). En esta imagen se describe una jerarquía de diferenciación étnica y de clase representada por la ubicación de tipos

sociales según un orden decreciente en tamaño y en distancia al observador de izquierda a derecha. La figura de mayor tamaño y más cerca del observador es una Española Quiteña, una mujer blanca urbana a la que sigue una India Palla de igual tamaño. Un Indio Barbero está separado de las dos mujeres de clase alta y forma pareja con una Mestiza Quiteña quien, si se mantienen las jerarquías de representación, parece tener una condición social inferior a la del barbero pues está parada detrás de él. El oficio de barbero era una actividad urbana, practicada a menudo por Indios y que gozaba de considerable prestigio. El Cabildo de Quito había pasado una resolución en 1548 por la cual no podía ejercer el oficio de “cirujano barbero...el que no exhibiera título de capacidad” (Angel Puga 1991:44). Sin duda, este prestigio también se debía al otro título que ostentaba el barbero, el de “sangrador” (Osculati 1854:55) y al consiguiente poder que tenía sobre la vida y la muerte. Finalmente, separados en su propia clase, aparecen dos Indios: un Indio Rústico y una India Ordinaria.

La sensibilidad de Juan y Ulloa a las distinciones más sutiles de la organización social revelan una complejidad práctica que no aparece en la tipología racial teórica. La raza ciertamente constituye un elemento, pero existen además las necesarias distinciones entre habitantes urbanos y rurales, entre personas de ancestro noble y aquellas que ejercen un oficio y también entre los sexos. Es interesante que ambas figuras de la clase alta urbana sean mujeres, quizás porque Juan y Ulloa quisieron representar las vestimentas típicas y su diversidad. Este interés romántico en la vestimenta y el costumbrismo primaría sobre el análisis en las futuras descripciones de la vida social hechas por los visitantes europeos, lo cual revela una menor sensibilidad por los criterios internos de la diferenciación social.

A principio del siglo XIX, William B. Stevenson, que acompañaba en calidad de Secretario al Conde Ruiz de Castilla, último Presidente de la Audiencia de Quito, dejó constancia escrita de su experiencia de los veinte años que pasó en las regiones de la costa oeste de Sudamérica. Sus descripciones de la población indígena urbana de Quito sustentan la representación visual de las jerarquías sociales internas hecha por Juan y Ulloa:

Las clases más bajas y pobres de los hombres y mujeres indios llevan vestidos muy exigüos y burdos... Aquellos indios que



“Tipos sociales del siglo XVIII”. En Jorge Juan y Antonio Ulloa, *Relación Histórica del Viaje a la América Meridional*. Madrid, 1747. Cortesía de la Benson Latin American Collection, Austin, Texas.

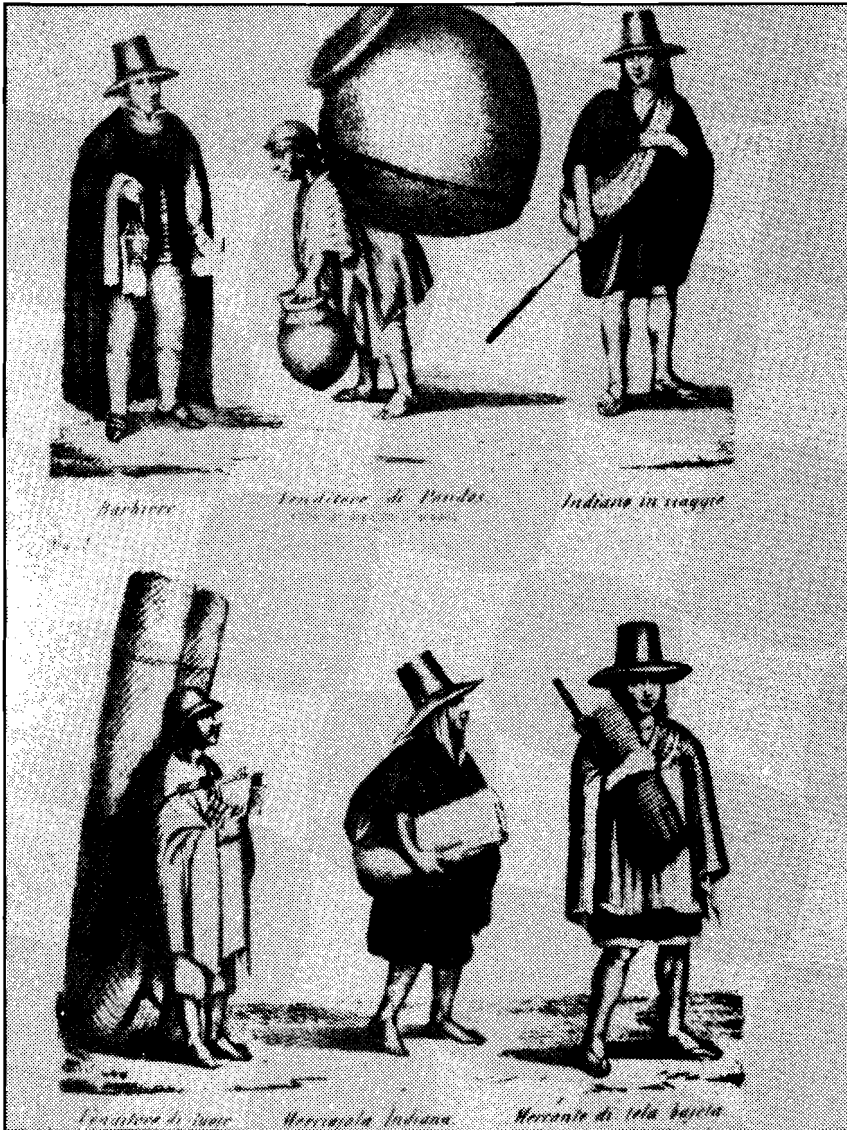
tienen una mejor situación, se visten de manera elegante... Los Caciques, alcaldes, algunos carniceros y barberos, también llevan la larga capa española, pantalones encima de calzoncillos, zapatos y grandes hebillas cuadradas de plata, pero jamás llevan calcetines (1825:304-5).

Comenta, asimismo, que:

Algunos indios son barberos y manejan la navaja con la mayor destreza; a éstos se los puede distinguir fácilmente entre los artesanos indios por la lavacara de latón o plata que siempre sobresale un poco de su capa (ibid:301).

El viajero italiano Gaetano Osculati pasó un mes en Quito en 1847. Se limitó a hacer una clasificación visual de los tipos que observó en las calles de la ciudad según el estilo costumbrista que estaba entonces en boga en Europa (Muratorio, en este libro). El barbero aparece allí también con su capa, llevando la jofaina que simbolizaba su relativo prestigio (fig. 2), pero la composición de los tipos que figuran en la ilustración es más descriptiva que analítica.

Los viajeros del siglo XIX solían aceptar la sencilla discriminación tripartita basada en la supuesta descendencia de sangre como el único criterio explicativo de las relaciones jerárquicas en el Ecuador. Los problemas inherentes al uso de este único criterio para distinguir los grupos sociales y sus relaciones, se evidencian en la disparidad y vaguedad de las conjeturas que harían los viajeros con respecto a la distribución relativa de la población en grupos raciales, especialmente en lo referente a los mestizos (4). La interpretación dada por ellos a la discriminación racial en términos locales era generalmente simplista e inadecuada, porque empleaban la misma terminología usada localmente pero con fines bastante distintos. Las diferencias raciales se transformaron en un medio para analizar y dar sentido a la condición de la población indígena en la Sierra, según la percepción de los europeos. La explicación que daban de esa condición se enmarcaba dentro del esquema ideológico con el que estaban familiarizados: el Otro bárbaro definido en oposición a la civilización europea.



"Trajes de Quito". En Gaetano Osculati, *Esplorazione delle Regione Equatoriali Lungo il Napo e il Fiume delle Amazoni. Frammento di un viaggio nelle due Americhe negli anni 1846-8. Milan, 1854.*

EL DISCURSO SOBRE LA BARBARIE EN EUROPA

Hall (1990:16) propone que aunque los significados específicos de las imágenes puedan cambiar, se siguen construyendo de acuerdo con la antigua gramática. Esta gramática sirve para clasificar el mundo mediante las antiguas categorías que enmarcan nuestra comprensión, aunque las imágenes mismas sean contemporáneas. El mundo clasificado en Nosotros y el Otro constituye una antigua premisa en la cual los conceptos polarizantes de superior frente a inferior, dominación frente a subordinación e incorporación frente a resistencia crean el esquema para una larga historia de la imagen actualizada del Otro.

La palabra “bárbaro” fue inventada por los griegos como término para describir a los Escitas y a otros pueblos, “que eran diferentes de los griegos por su falta de aprecio por la *polis*, la lengua griega y los ideales literarios y artísticos de la ciudad-estado” (Jones 1971:379). Jones examina algunas de las formas en que esta imagen clásica del bárbaro fue adoptada para adecuarla a cambios históricos en Europa. Los romanos del siglo V consideraban que la diferencia entre la civilización y el barbarismo era lo que distinguía a los cristianos de los paganos (ibid.:382). En el siglo XI, el término servía para expresar la condescendencia de ciertos europeos hacia otros que supuestamente existían en niveles inferiores de desarrollo material, intelectual y moral (ibid.:394). Los eruditos teutónicos del siglo XVI empleaban el término en sentido positivo para exaltar las cualidades de honestidad, coraje y temple de sus ancestros liberados de las trabas de un pasado civilizado (ibid.:406). Alrededor de esa época, la preocupación por los bárbaros parece haber decaído siendo reemplazada por un interés creciente en un Otro más exótico y no europeo: el salvaje americano.

Llegado el siglo XVIII, los exponentes del exotismo primitivo criticaban la civilización y la contrastaban, en forma negativa, con la condición del noble salvaje americano conceptualizado como un ser incorrupto que se mantenía en un estado de inocencia que los europeos parecían haber perdido para siempre (Baudet 1965:55-59). En el siglo XIX los europeos comenzaron a construir historias nacionales de un progreso en avance continuo y Michelet descubrió en las clases bajas al bárbaro libre de trabas:

Es frecuente que, en estos tiempos, el auge y progreso de los pueblos se comparen con la invasión de los Bárbaros... Sí, esto significa que están plétóricos de una savia nueva, vital y regeneradora (citado en Baudet 1965: 61).

La superioridad europea recuperó una buena parte de su antiguo carácter de certeza manifiesta y se convirtió en la piedra angular de las teorías evolucionistas sociales e históricas que proliferaron durante el siglo XIX (Stocking 1968:121-2). La explícita jerarquía de las razas y la inferioridad atribuida a quienes se describía como salvajes, bárbaros, incivilizados o primitivos, dieron a la presunta superioridad blanca (europea) el carácter de un nuevo fundamento científico para este antiguo discurso. Esa gramática era “innata” a los viajeros europeos en el Ecuador. En el siglo XIX, los términos del discurso dominante limitaron sus argumentos a ubicar a los indígenas en una escala progresiva o descendente entre el salvajismo, la barbarie y la civilización. Dado que la premisa fundamental radicaba en una dicotomía de Nosotros/Otros, huelga decir que la posibilidad de argumentar que una raza indígena era civilizada era una imposibilidad lógica, a menos que se impugnara la premisa básica misma.

LOS VIAJES Y EL EXOTISMO CIENTIFICO

Alexander von Humboldt, erudito, científico y filósofo natural romántico, al cual también se lo describe como el padre de la Geografía Moderna, llevaba consigo un pasaporte con la siguiente inscripción: “viajando para la adquisición del conocimiento”. Visitó la Gran Colombia en 1802 y se sintió vivamente impresionado por la grandiosidad de las cordilleras, especialmente por su cima más majestuosa, la del Chimborazo (Sauer 1980:90). Posteriormente afirmó que las formas más nobles de la naturaleza se encontraban en el trópico. Humboldt fue el primero de varios europeos del siglo pasado que ascendieron al Chimborazo, aunque no fue sino en 1880 que Whymper, el andinista británico, coronó esa montaña por primera vez. La voluminosa obra de Humboldt estimuló un interés en los viajes entre los lectores europeos en general y en algunos individuos como Charles Darwin, quien lo mencionó como una influencia inicial en su formación y específicamente se propuso acrecentar sus logros. En 1810 se decía que Hum-

Humboldt era el hombre más famoso de Europa, a excepción hecha de Napoleón (Hanson 1967:294-95). Humboldt tuvo un papel destacado en la creación de una alianza entre la ciencia y el arte. Combinó descripciones objetivas de las tipologías propias de las zonas climáticas del mundo con la intención de cautivar la imaginación de sus lectores transmitiéndoles el deslumbramiento y entusiasmo que él mismo había experimentado al compenetrarse con lo sublime de la naturaleza. Estimó que el paisajismo era idóneo para ese propósito, por cuanto transmitía mejor la particular belleza de las plantas agrupadas en su habitat natural, belleza que no podían expresar la disección y la clasificación botánicas (Smith 1960: 153).

Durante la primera mitad del siglo XIX, las publicaciones de muchos otros artistas, estudiosos y exploradores, así como las experiencias personales de numerosos hombres durante las campañas napoleónicas en Egipto y en el Lejano Oriente habían proporcionado a los europeos emocionantes relatos de costumbres extrañas y exóticas. Este período coincidió con un culto de lo exótico que estaba vinculado con el movimiento conocido como "orientalismo" y con un fenómeno paralelo, denominado "americanismo", especialmente en Francia. Charles Weiner fue un americanista y arqueólogo (en 1890 también cónsul de Francia en Guayaquil), que regresó a París a mediados de la década de 1870 luego de una excavación en el Perú que había sido financiada por el Ministerio de Instrucción Pública francés. Su colección incluía artefactos y especímenes de la historia natural de Colombia, Bolivia y Ecuador y se expuso en el Palais de l'Industrie de la Exposición Universal en 1878. Esta muestra precolombina gozó de una acogida tan grande durante la exposición como para convencer a las autoridades francesas que procedieran a abrir un museo independiente de etnografía en París. El Museo del Trocadero adquirió renombre como el centro de interés en el arte y los artefactos de las Américas (Williams 1985:151-56).

La filosofía natural romántica de Humboldt y el culto de lo exótico sobre los cuales se basaban tanto el Orientalismo como el Americanismo, tenían intereses aparentemente contradictorios: el de desarrollar el conocimiento empírico por medio de las ciencias naturales y el de comunicar una experiencia subjetiva de deslumbramiento. Este doble interés y problema constituye una temática con la

cual se debatieron los viajeros europeos en sus relatos sobre el Ecuador durante el siglo XIX.

LA CIENCIA EUROPEA EN EL ECUADOR

A la Misión Geodésica de La Condamine del siglo XVIII se le había otorgado permiso para viajar en las colonias españolas con la condición de que Jorge Juan y Antonio de Ulloa la acompañaran y participaran en sus investigaciones científicas (Acosta Solís 1985: 155). Humboldt recibió un pasaporte especial de la corona española para que pudiera viajar sin trabas por las colonias. Estos permisos eran algo excepcional, por cuanto España no había alentado la presencia de otras naciones europeas en sus colonias americanas. Cuando las colonias declararon su independencia a comienzos del siglo XIX, las nuevas repúblicas se abrieron repentinamente ante los ojos europeos en un momento que coincidía con el auge del interés generalizado en los viajes, las ciencias naturales y lo exótico.

El redescubrimiento de América del Sur por europeos no- españoles en la primera mitad del siglo XIX, creó una fuente virtual de materias primas, relaciones mercantiles e influencias políticas, así como también un inmenso terreno en el cual podrían ensayarse y aplicarse las teorías científicas y los modelos sociales que se estaban elaborando en Europa por aquella época. Por su parte, los gobiernos de las nuevas naciones independientes alentaron el apoyo político europeo en sus esfuerzos para liberarse del dominio español colonial, fomentaron el comercio y pidieron préstamos para apuntalar sus economías trastornadas por los gastos de los ejércitos nacionales en las guerras de la independencia.

Uno de los medios por los cuales se efectuó este intercambio euroamericano fue precisamente el de los viajeros europeos y los relatos que escribieron. Muchos Europeos viajaron al Ecuador después de la Independencia; algunos lo hicieron por mera curiosidad, pero la mayoría de los viajeros eran diplomáticos profesionales, botánicos, geólogos, geógrafos o ingenieros. Fueron al Ecuador con el apoyo de sus gobiernos y con cartas de presentación dirigidas a los miembros de las élites políticas e intelectuales de Quito, quienes podrían allanar los obstáculos prácticos que presentaban los viajes en aquel entonces. Por

sus orígenes y formación de clase media o alta, los viajeros compartían muchos de los supuestos de la clase terrateniente ecuatoriana que se orientaba hacia Europa.

Los terratenientes ricos de Quito pertenecían a varias familias distinguidas establecidas durante el período colonial. En 1810 este grupo incluía seis marqueses, tres condes, y un vizconde (Stevenson 1825:295), títulos que fueron abolidos después de la Independencia. En 1862, Charton estimó en seis u ocho las familias de Quito que se distinguían por su fortuna o linaje (1867:412). Romero, Andrade y Valencio registraron veintitrés terratenientes de la Sierra norte poseedores de más de diez propiedades por más de una década entre 1830 y 1930 (1986:537-561). La mayoría de estas familias adquirieron sus propiedades después de 1860, con excepción de los Montúfar, Aguirre, Fernández Salvador y Valdivieso en Pichincha, Jijón y Larrea en Imbabura y Chiriboga en Chimborazo. Estas siete familias ya poseían grandes propiedades en 1840 y fue con ellas que los viajeros se relacionaron socialmente al llegar a Quito.

Desde los primeros años de la república, estas familias estaban representadas en todos los niveles de la administración del gobierno: en el Congreso, en el poder judicial, en el municipio y en el ejército (Gangotena y Jijón 1947:140-44; Archives Diplomatiques, Mendeville 1837:h/483; Arboleda 1910; Solano 1888:74). En 1875, André comentó que estas familias vivían en el estilo de "*gentlemen farmers*" (en inglés en el original) y que eran los hijos de estas familias quienes viajaron a Europa y regresaron con sus costumbres, como hombres de progreso que buscaban introducir innovaciones en la agricultura y la industria del país (1883:388). Sus fortunas consistían mayormente en haciendas y ganado (Orton 1870:68) y su principal ocupación consistía en visitar sus propiedades en las que residían principalmente durante el tiempo de cosecha (Stevenson 1825:296). Stanley trató, con cierta dificultad, de determinar qué fortuna se requería para poseer la condición de "hombre rico" en Ecuador:

Se dice que dos o tres propietarios reciben entre 1.500 y 2.000 libras anuales, en equivalente a moneda inglesa; pero éstas son excepciones y me inclino a creer que con 500 o 600 libras, un residente de Quito puede gozar de todos los lujos y confort que se pueden tener en un lugar tan aislado (1851:111-12) (5).

El apoyo otorgado a los viajeros europeos por varios de los miembros más prestigiosos de la clase terrateniente serrana resultó en una poderosa legitimación de su trabajo y posición social, lo cual les permitió presentar sus ideas en círculos influyentes y llevar a cabo sus actividades con un mínimo de dificultades.

Manuel Larrea, que había tenido el título de Marqués de San José, compartía con Vicente Aguirre la reputación de ser uno de los hombres más ricos del Ecuador. Las haciendas de Larrea en San Juan y Coto-collao tenían “más de cincuenta mil cabezas de ganado que necesitaban un personal de doscientos gauchos y quinientos caballos” (Kerret, citado en Lara 1972:68-69). Cuando Holinski, un viajero polaco, estuvo en Ecuador en 1851, Larrea era Ministro de Relaciones Exteriores y tenía costumbres y hábitos muy afrancesados. Su residencia estaba ubicada en la Plaza Mayor en la que ofrecía cenas espléndidas en las cuales la marquesa se vestía “a la Parisienne”. Los viajeros también mencionan haber visitado una quinta en Chillo, considerada una de las maravillas del país (Holinski 1861:171) y otra en Guápulo en la que el cocinero y los sirvientes eran franceses (Avendaño, 1985:167)(6).

Varios de los miembros de estas poderosas familias compartían el interés de los visitantes europeos por el conocimiento científico y por la tecnología del progreso. Carlos Aguirre había recibido la Legión de Honor en Francia en 1893 por sus observaciones meteorológicas y su contribución a la ciencia positiva (7). Anteriormente había importado de Europa maquinaria textil y estableció en su hacienda de Chillo una fábrica de algodón para la cual contrató a un técnico escocés como supervisor (Hassaurek 1868:219). Su padre, Vicente Aguirre era, como se dijo, uno de los hombres más ricos del Ecuador en la década de 1850 y como los Larrea tenía una casa en la Plaza Mayor en la que ofrecía espléndidas recepciones. Fue el primero en importar a Quito en 1859 un coche de caballos (Orton 1870:79). Durante todo el siglo XIX, la familia Aguirre fue particularmente hospitalaria con los viajeros europeos (8) y aún con Ida Pfeiffer, quien había sido desairada por los Larrea y por el Presidente Urbina.

Iniciada la década de 1870, las estrechas relaciones entre los viajeros europeos y la clase terrateniente comenzaron a debilitarse. Al establecerse los primeros hoteles en Quito, la hospitalidad de los quiteños adquirió el carácter de privilegio más que de necesidad. Por

el año de 1871, varios científicos europeos llegaron a Quito invitados por el Gobierno Ecuatoriano pero sin los auspicios de instituciones europeas. Uno de los principales proyectos abrigados por García Moreno para el Ecuador era el desarrollo de las ciencias positivas, por lo que solicitó que Hermanos Cristianos europeos fueran enviados a Quito con este propósito. Johanes Menten arribó a Quito en 1879, para crear y dirigir un observatorio astronómico. Le acompañaban el geólogo Teodor Wolf, el botánico Luis Sodiro creador de un jardín botánico, el químico Luis Dressel y el ingeniero y matemático Joseph Kolberg. Estos jesuitas alemanes fundaron y regentaron la Escuela Politécnica de Quito hasta su clausura después del asesinato de García Moreno. Dos profesores de medicina franceses, E. Gayraud y D. Domec, llegaron en 1873 y se quedaron tres años como profesores de cirugía y anatomía en la Facultad de Medicina y para dirigir los hospitales de Quito (1922:343). Quizás hayan sido ellos quienes pusieron término al oficio de sangradores desempeñado por los barberos. A medida que algunos ecuatorianos recibían formación científica y que algunos viajeros europeos, como Teodor Wolf y William Jameson -un naturalista inglés- decidían quedarse en el Ecuador, los científicos europeos visitantes comenzaron a establecer nexos profesionales con científicos locales, si bien trataban de mantener sus relaciones diplomáticas y políticas con las élites locales. Con el tiempo se fueron creando pequeñas colonias de inmigrantes, las cuales ofrecían agradable compañía a sus conciudadanos visitantes.

EL EXOTISMO EN EUROPA

Las experiencias relatadas por quienes viajaban al extranjero suscitaron considerable interés en Europa. Las casas editoras estaban comenzando a preocuparse de atender a un público cada día más culto, no sólo publicando libros sino también varias revistas familiares destinadas a lectores de la nueva clase media. Revistas como *Harper's Weekly*, *Illustrated London News* y *Magazine Pittoresque*, proporcionaban a sus lectores material de lectura accesible sobre historia natural y cultural, ciencia y tecnología, arte, arqueología y música. El periódico francés *L'Illustration* presentaba actualidades, viajes, chismes y reseñas de personajes ilustres y *Le Tour du Monde* estaba dedicado exclusivamente a relatos de viajeros (Farwell 1977:55). Ernest

Charton contribuía a *L'Illustration* y a *Le Tour du Monde*, publicado por su hermano, donde aparecieron los extensos relatos de Eduard André, un naturalista y de Charles Weiner sobre sus viajes en el Ecuador. La emergencia de este nuevo y numeroso público lector fue importante porque los relatos de viajeros estaban escritos especialmente para interesar a este público y no a la audiencia ilustrada de teólogos y juristas en las universidades que escuchaban las *relecciones* en el siglo XVI (Padgen 1982:6-8).

El surgimiento de esta clase media educada y lectora en la Europa del siglo XIX y el incremento de la demanda por conocimientos empíricos de todo tipo estimularon el desarrollo de la reproducción en serie de literatura. En 1832, Charles Knight fundó un semanario llamado *Penny Magazine* que se imprimía en una prensa rotativa a vapor. Este nuevo método de producción aumentaba la tirada de 1.000 hojas con la antigua prensa accionada manualmente por dos hombres trabajando ocho horas diarias, a 16.000 hojas impresas en ambas caras (Ivins 1969:107). Buena parte de la popularidad de la revista se debía, aparentemente, a sus ilustraciones en grabado. Sin embargo, la fascinación de los artistas y viajeros del siglo XIX con la experiencia directa de la naturaleza y de lo exótico implicaba viajar, ver y absorber el original de primera mano y estas personas constituían una minoría. El público europeo para el cual ellos escribieron y dibujaron no había experimentado esta realidad directamente y debía convencerse de que las ilustraciones eran reproducciones fidedignas de esa realidad que ellos nunca conocerían. Los viajeros europeos hacían sus propios bocetos de los paisajes y costumbres que observaban o, en las misiones más importantes, iban acompañados de artistas profesionales que hacían los dibujos. A su regreso a Europa los dibujos tenían que transformarse en grabados -el medio común de reproducción masiva en ese entonces- para poder imprimir las ilustraciones para el público lector. El original debía ser primero copiado por un dibujante especializado sobre la plancha del grabador para convertirlo en un dibujo adecuado para ser grabado. Luego, otro especialista burilaba el dibujo en la plancha. Por consiguiente, el producto final era el resultado de una cadena de interpretaciones que transformaban la versión original del artista en una imagen que pudiera ser convincente.

Aunque este barniz de “sensatez” es decepcionante desde el punto de vista de un historiador del arte, fue una pauta importante de

veracidad para el público lector al cual estaba destinado el producto final. A falta de otro medio para evaluar cuán ajustadas a la realidad eran las reproducciones impresas, su criterio se basaba en lo que se aceptaba como sentido común y por tanto, "sensatez". Los ideales y valores realistas no solo incidían en la aceptación de la cual gozarían las reproducciones impresas entre el público lector. Las convenciones artísticas y la tecnología de la producción también giraban en torno a la búsqueda de los métodos, técnicas y medios que expresaran de la mejor manera posible los valores e ideales de un realismo que combinara el empiricismo y el arte. Aunque los grabados tenían la ventaja de permitir reproducciones múltiples y convincentes del producto final, se estimaba que la cadena de interpretaciones constituía una desventaja por cuanto el producto acabado no podía pretender pasar por una representación directa de la realidad. El descubrimiento del daguerrotipo y la invención de la fotografía fueron proclamados como la solución perfecta a esta falta de expresión directa. Se pensó que el funcionamiento mecánico de la cámara fotográfica eliminaría la posibilidad de interferencia humana, con la ventaja adicional de reproducir mayores detalles que los perceptibles para el ojo humano (Munsterberg 1982:60).

La fotografía y el proceso fotográfico eliminaron al dibujante especializado y luego al grabador. Por los años de 1860, un grabador en madera, Thomas Bolton, desarrolló una técnica que sensibilizaba la superficie de una plancha de madera en la cual se podía imprimir una fotografía a partir del negativo. Se hacía el grabado por medio de la fotografía, tal como si esta hubiera sido un dibujo (fig.6). En los siguientes cuarenta años de ilustraciones informativas en los libros, la fotografía fue sustituyendo gradualmente al dibujo. Hacia fines del siglo, el grabador mismo había sido eliminado por un proceso que reproducía las fotografías directamente en la impresión (Ivins 1969: 107).

Las convenciones artísticas del dibujo y la enseñanza formal de ese arte también se basaban en los ideales del realismo. En 1867, Charles Blanc escribió en su *Grammaire des Arts du Dessin* que el artista debe

...escoger en el inmenso repertorio de las formas humanas, aquellas que son las más adecuadas para traducir su emoción y

pensamiento... debe haber algún método para representar la experiencia de la naturaleza con un mínimo de intermediación.... entonces, la solución no es la de eliminar el medio para hacerlo, no es la de ceder todo el control, sino la de llegar a un medio de inmediatez.

A este ideal se lo ha descrito como “el mito del ojo inocente” (Shiff 1982:2-4), según el cual la sensación ingenua era un valor que exigía la captación aparentemente no mediada de la visión. Lo que propugnaban los académicos no era una verdadera inocencia de la visión, sino más bien que el artista fuese entrenado en las técnicas de la invención y composición para lograr una *aparente* espontaneidad:

Desde luego, una composición excelente debería parecer un feliz efecto fortuito; pero no será nada excelente si, debajo de lo que parece ser un feliz accidente, no permite descubrir el principio benéfico de lo bello. (Paillot de Montaber 1855, citado en Shiff 1982:13).

Uno de los procedimientos para persuadir al público de la realidad de la escena ilustrada consistía en eliminar la presencia del artista como creador. Contrariamente a lo que sucedía en el arte romántico, en el que la sensibilidad del artista y su interpretación personal eran esenciales en el producto final, las ilustraciones de viajes acentuaban una experiencia más empírica y universal sugiriendo al espectador que cualquier persona que hubiese estado allí habría registrado la misma escena. Las ilustraciones de viajes “registraban un punto de vista y con él una experiencia; seleccionaban un sitio en el cual [el espectador y el artista] estaban juntos” (Munsterberg 1982:59).

Dos viajeros franceses, Charton, quien estuvo en el Ecuador en 1862, y André, quien lo visitó en 1876 son los autores de las ilustraciones de paisajes urbanos y rurales tal cual aparecen en las **figuras 3 y 4** respectivamente. El tema de cada una de ellas revela sus respectivos intereses personales y técnicas similares de representar la inmediatez. Charton era un artista que había contribuido a la creación del Liceo de Pintura durante su anterior permanencia en Quito en 1849 (Castro y Velásquez 1979:72) y que formaba parte del movimiento costumbrista del Ecuador. André era un naturalista y su objetivo particular fueron los paisajes. Ambos escogieron un punto de vista panorámico desde el

cual nosotros, como espectadores, podemos observar las escenas que están ante nuestros ojos. No solo tenemos la posición de observadores, sino que ambos artistas se sirven de varias técnicas para llevarnos aún más hacia la inmediatez y especificidad del tiempo y lugar representados. Nuestro interés en estas representaciones está estimulado por los detalles que nos convencen de la realidad de la escena presentada, detalles que también imparten a la composición una apariencia no estructurada que oculta su orden formal. Lo que parece ser una falta de estructura nos lleva de detalle en detalle hasta que nos encontramos totalmente inmersos en la representación.

En la escena callejera de Charton estamos de pie en la calle misma; tenemos muy poco tiempo para hacernos a un lado antes de que las mulas que levantan polvo en el primer plano del cuadro nos pisoteen. Es un atardecer y debemos mirar con mucha atención para vislumbrar las figuras en el fondo oscuro. Las figuras mismas están tan individualizadas que bordean la caricatura, pero los detalles nos convencen de que no son inventadas: por ejemplo, el rondín en la esquina inferior derecha, con su farol, rondador, ropa andrajosa y un enorme sombrero. El brusco contraste de tonos con la parte superior de la ilustración lleva nuestra mirada hacia la luz brillante, pasando por encima de la gente, bajando por la calle y llegando a la profundidad de la ilustración para encontrarnos con los arrabales de Quito.

En la vista que nos presenta André de las ruinas de la Catedral de Ibarra y de unas montañas estamos situados a una distancia mucho mayor. Las pequeñas figuras humanas que vemos abajo ya deben haber descendido la colina en la cual nos hallamos y desde cuya altura nuestros ojos se dirigen, primero, hacia la mitad superior de la ilustración y a la contemplación del panorama. Las columnas y arcos que contemplamos -restos de un devastador terremoto- ocupan el centro como muestra visible del poder de la naturaleza y la fragilidad humana. Finalmente, volvemos la vista hacia el primer plano inferior donde un grupo de cargadores y arrieros esperan, descansando y charlando. Una figura muy pequeña se vuelve hacia nosotros y nos mira desde abajo en la expectativa de que bajaremos para unirnos a ellos.

El éxito de las relaciones de viajes que se publicaron en el siglo XIX fue el resultado de un proceso de colaboración entre aquellos que realizaban el viaje, las personas que participaron en el proceso de



"Habitantes de Quito". Dibujo de Fuchs basado en un bosquejo de Charton. En Ernest Charton, "Quito, République de l'Equateur". *Le Tour du Monde*, Vol. XV, 1867.

publicación, y el público que leía el producto final. Por debajo de los objetivos específicos de cada grupo había una búsqueda común de los medios que pudieran representar la experiencia directa de encontrarse con sociedades y paisajes desconocidos, como si no interviniese ninguna interpretación. Los estudiosos contemporáneos suelen hacer caso omiso de las ilustraciones en grabados porque no satisfacen las exigencias actuales de la ciencia o del arte, pero la popularidad de la cual gozaron las estampas empleadas para transmitir información visual en la Europa del siglo XIX fue muy superior a la de los grabados que se suponía eran obras de arte:

...la historia del grabado no es, como piensan muchos, la de un arte menor, sino la historia del más poderoso método de comunicación entre los hombres y de sus efectos en el pensamiento y la civilización europea occidental (Ivins 1969:158).

LOS VIAJEROS

Hemos analizado los relatos de quince viajeros europeos que escribieron entre 1809 y 1902 y describieron la Sierra del Ecuador y los habitantes de esa región (9). Con dos excepciones, Pfeiffer y Fountain, todos fueron hombres acaudalados o muy cultos, según los patrones del siglo en que vivieron. No era común que las mujeres europeas viajaran a semejantes distancias. Además, el tiempo y gasto que requería el viaje desde Europa hasta la costa oeste de Sudamérica solo se lo podían permitir quienes contaban con ingresos propios o con un nivel de educación que justificaba un apoyo institucional para sus investigaciones científicas o servicios diplomáticos.

Estos hombres compartían un interés en el Ecuador, basado en parte en supuestos influídos por la lectura de los relatos de anteriores viajeros, lecturas que ellos mencionan a menudo en sus textos con fines comparativos. Sin embargo, no siempre admiten conocer las obras de otros viajeros y a veces resulta difícil discernir si afirmaciones que aparecen en sus relatos provienen de relatos europeos anteriores, de opiniones de segunda mano recibidas de los lugareños, o de su propia experiencia. Esta dificultad se complica por el hecho de que los euro-



“Ruinas de la Catedral de Ibarra”. Dibujo de Riou basado en un bosquejo de André. En Edouard André, “L’Amérique Equinoxiale”. *Le Tour du Monde*, Vol. XLV, 1883.